

Estrella de Diego

Travesías por la incertidumbre

Madrid: Seix Barral, 2005

Territorios de lo incierto

"De la Arqueología / se ha de extraer, al menos, una enseñanza, / a saber: todos / nuestros libros de texto nos engañan". Son palabras de Auden y nos ponen en guardia ante los libros. Pero acabamos de abrir uno, *Travesías por la incertidumbre*, y de pronto la lectura del epígrafe de Auden enuncia, como pocas veces las palabras suelen hacerlo, el viaje que vamos a realizar por el territorio de lo incierto; abrimos el libro, leemos los versos de Auden y las páginas que tenemos por delante son témpanos de hielo a la deriva, puro temblor.

Los poetas saben bien que nunca se da con la palabra adecuada; Estrella de Diego lo sabe. Nada está dicho definitivamente. Todos los discursos son vulnerables. Y los libros, metáfora del saber en Occidente, son una trampa. Y, sin embargo, Estrella de Diego, como Auden, eligen la palabra y el libro para recordárnoslo, en prueba de su propia vulnerabilidad. Y así, también el lector que se embarca en *Travesías por la incertidumbre* se hace vulnerable a su vez, porque si todos los libros nos engañan, ¿éste también? Pero la respuesta es precisamente esa incertidumbre, la sombra de la sospecha alargándose hacia nosotros, como ese espectro, el cuarto hombre que aparece en las fotografías de la expedición al polo de Sir Ernest Shackleton, cuando en el barco sólo iban tres hombres. Porque en *Travesías por la incertidumbre* todo es incierto. Ver con los propios ojos no es ya garantía de nada, nos recuerda Estrella de Diego. Vemos lo que ha sido ya nombrado e identificado, y volvemos para volver a contarlo; de lo contrario el viaje sería extravío, y sólo habría retorno al explicarlo desde lo conocido de antemano. Y qué decir de la palabra. ¿Se llega a decir alguna vez lo verdaderamente importante? ¿No son los secretos lo único de lo que merece la pena hablar? Entonces, sigue Estrella de Diego, el secreto para que siga siéndolo, necesita del silencio. Ésa es su paradoja, las palabras más importantes para seguir siéndolo no han de ser dichas. Se bordearán, proyectarán sombras inciertas, ligeras aproximaciones pero no serán nombradas: ése es el pacto que los poetas han de respetar. Y, sin embargo, Occidente construye su imperio de la certeza sobre la mirada y la palabra: observación científica y razonamiento lógico son sus más preciados tesoros.

Por eso la poesía se halla en los bordes, como la muerte, la única certeza que Occidente se obstina en ver como incertidumbre, en silenciar. Porque es la muerte, escribe Estrella de Diego, lo que impone el mayor desorden, y las estrategias de realidad y hasta de verosimilitud que Occidente ha ido creando son, en parte, técnicas para distraer esa muerte. Volvemos a pisar tierra falsa, otra vez. Y en estas travesías por lo incierto llegamos al territorio de la memoria que parecía intocable, reserva cultural de Occidente y sobre la que ha construido su monumento más emblemático la Historia, o "memoria manufacturada" dice la autora. Hay que recordar, luchar contra el olvido, y Occidente ha intentado imponer una manera de hacerlo, de homogeneizar la memoria. Pero la resistencia es posible, memorias personales sin aspiraciones a la autenticidad de los hechos, pero que por ello precisamente son necesarias, y múltiples, y diferentes. Marina Tsvietaieva, compañera siempre de Estrella de Diego en travesías anteriores, es un ejemplo "*tal vez porque sabe* que la memoria es aquello que no se logra escribir, lo que se escapa, el relato que reta a la verdad y la autenticidad, ya que recordamos lo que podemos y hasta donde podemos". *Tal vez porque sabe*. **Ana Arregi**